

CECILIA VALDÉS URRUTIA
Desde Berlín

Varias personas caminan de prisa a orillas del río Spree, en la célebre Isla de los Museos de Berlín. El Museo de Pergamo está cerrado y en plenas restauraciones. El destino parece ser tal vez el mismo para todas ellas. Y lo es. El imponente palacio neoclásico que, con sus hermosos jardines, alberga la Alte Nationalgalerie que está exhibiendo la mayor muestra del protagonista del romanticismo alemán Gaspar David Friedrich (1774-1840), en el 250 aniversario de su nacimiento.

El museo tiene la mayor colección del mundo del pintor. Pero, además, reunieron obras de otras entidades para ofrecer una visión amplia de su hacer pictórico en los que Friedrich —un hombre tímido, introvertido y melancólico, muy de su tiempo— llevó sus sentimientos y preocupaciones del ser a la naturaleza. Un hacer que en el museo se torna vivo al ir recorriendo y contemplando sus creaciones evocadoras e impregnadas de misterio.

El director de la Alte Nationalgalerie, Ralph Gleis, durante un recorrido, afirma: "Friedrich fue un maestro del aire y de la luz que supo capturar como ningún otro una sutileza atmosférica. Ese esplendor y visión de la naturaleza es inimitable".

Cerca de 200 mil visitas se contabilizan al mes, desde el inicio de la muestra en abril (en 2025 viaja una gran exposición al Met de Nueva York). La mayoría de los asistentes llegan aquí con sus entradas ya compradas, que estipulan la hora exacta de acceso. El palaciego pasillo de entrada recibe con dos réplicas de paisajes "infinitos" del pintor que nació en Greifswald, a orillas del Báltico, y murió en la hermosa ciudad de Dresde.

Pero para llegar a las salas de la muestra de Friedrich —integrada por más de 120 obras— hay que subir unas extensas escaleras de mármol (hay solo un pequeño ascensor tipo montacargas) hasta el segundo piso donde empieza, y después seguir al tercer piso, dedicado entero al artista. Muchas personas ya ancianas hacen sus máximos esfuerzos para ingresar.

La recompensa es grande. Se exhiben las pinturas más famosas del romanticismo alemán y otras significativas como esos árboles que dialogan entre sí o un riachuelo que perturba con fuerza. Y están sus pinturas icónicas como "Caminante sobre el mar de nubes", "Monje ante el mar", "Acantilados de tiza en Rugen" y el estremecedor "El mar de hielos". Esas y otras piezas van impregnando las salas de una atmósfera silente. La experiencia estética es especial en medio de esos paisajes infinitos y sin tiempo.

Puesta en valor

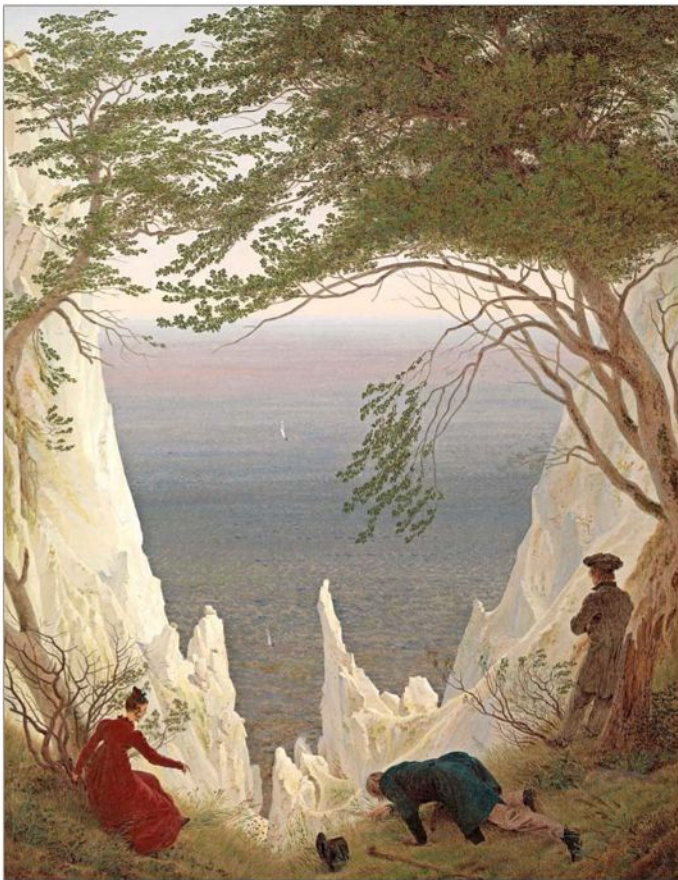
Las pinturas se agrupan según el motivo del paisaje de la naturaleza y las inquietudes y supuestos sentimientos del artista. Están sus montañas, los bosques y árboles, los infinitos valles, los mares de nubes, los acantilados, el mar y también ese "Mar de hielo". El montaje instala de manera contigua a pinturas que dialogan o que muestran un mismo paisaje en distintas estaciones del año u horas del día.

También se exhiben obras poco usuales para Gaspar Friedrich. Es el caso de un pequeño interior en el que retrató —de espaldas al espectador como lo hizo siempre cuando incorpora a seres humanos— a su esposa Caroline, en su estudio en Dresde, mirando por la ventana; mientras en el exterior se observa el río Elba y el mástil de una embarcación.

Hay salas dedicadas a su preciso y magistral dibujo en que se aprecian sus bocetos preparatorios, su proceso de obra, como pocas veces se había visto antes. Se pueden reconstruir algunos de sus pasos antes de su pintura final que transfigura en la naturaleza, lo que siente y le inquieta, como lo hacía el movimiento romántico en la literatura y el teatro.

Pero Friedrich no siempre fue tan seguido. En su tiempo fue apreciado, pero después las pinturas melancólicas dejaron de gustar al público. En 1840, después de su muerte, quedó en el olvido. La Alte Nationalgalerie tuvo un papel fundamental en la revalorización del artista romántico, a principios del siglo XX, en pleno imperio prusiano. Friedrich era uno de los favoritos del rey de Prusia. En 1906 organizaron en el museo la "Exposición del siglo alemán" en la que exhibieron 93 cuadros, ilustraciones y bocetos del artista.

Esa revalorización con la rica colección del museo y las sucesivas adquisiciones ocupa un lugar central en la exposición actual. "La muestra histórica nunca antes presentada —señalan en el museo— celebró su exquisita pintura de luz y de atmósferas como un pionero del arte moderno. La muestra actual se centra en sus pinturas, pero despliega un rango de diferentes perspectivas y el concepto del cambio. También plantea preguntas de relevancia sobre el viaje de la vida y el



"Acantilados blancos en Rugen", Gaspar David Friedrich. Paisaje que recrea un pasaje a orillas del Báltico. Lo hizo en el año de su matrimonio

EN ALTE NATIONALGALERIE | Maestro del aire y la luz

“Los Paisajes Infinitos” de GASPAR DAVID FRIEDRICH

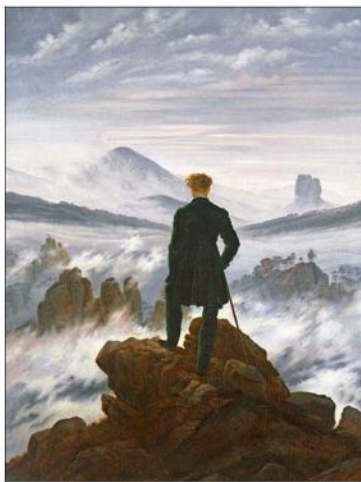


Paisaje que perturba con esa forma extraña que evoca en el centro.



Los árboles son una obsesión. Traduce ahí profundidades del ser.

Gaspar Friedrich no solo pintó lo que veía, sino también lo que sentía: representó las profundidades del ser humano a través de la naturaleza, lo que se despliega en la gran exposición en la Alte Nationalgalerie de Berlín, al celebrarse los 250 años del nacimiento del máximo exponente del romanticismo alemán. Ahí estuvimos.



Su emblemático "Caminante sobre un mar de nubes" sumerge en un paisaje sin límite.



Los asistentes contemplan las emblemáticas obras del gran pintor romántico alemán. Las salas se suceden en dos pisos del museo con un impecable montaje.



El palacio neoclásico que alberga la Alte Nationalgalerie, en la célebre isla de los museos en Berlín.



"El mar de hielo" evoca un naufragio. Y su forma sugiere el diseño la Ópera de Sidney.

ciclo de la naturaleza", afirma el director del museo.

"Presentamos una panorámica del trabajo de Friedrich que se sitúa entre un preciso estudio de la naturaleza y una floreciente imaginación del pintor romántico. Friedrich creó paisajes con costas y montañas, cielos y horizontes distantes donde el espacio infinito y el tiempo se vuelven tangibles en los cuadros que exhibimos. Estas pinturas tuyas sin tiempo nunca pierden el interés, con los sentimientos que permanecen y fascinan", subrayan.

El departamento de restauración y alta tecnología de este museo de bellas artes muestra, además, los últimos descubrimientos en el proceso creativo de Friedrich. "Estos hallazgos interrogan a las ideas tradicionales y proporcionan nuevos conocimientos dentro de los pintores de la modernidad, como la elección de sus materialidades y metodología". Hay vitrinas y dibujos sobre ello.

"Pinturas sobre la existencia"

El cuidadoso montaje presenta los cuadros con sus marcos y cédulas perfectas e informativas. Se ofrecen espacios dignos para una contemplación. Y, además, hay lugares habilitados para que algún espectador pueda dibujar o copiar un motivo de Friedrich. Vemos una señora mayor con sus perfectos lápices en pleno dibujo y, a un par de metros, dos niños de unos 10 años observan ensimismados los paisajes.

Las pinturas tienen una factura metódica en los detalles de los árboles y las ramas, en las rocas y montañas, en los ríos y peñascos, en el mar y los acantilados. Y junto al misterio y profundidad que evoca han llevado a transformar en icono pinturas como "Hombre sobre un mar de nubes", que todos la buscan hasta llegar a ella. Gaspar Friedrich pintó al personaje sobre rocas y frente a ese mar de nubes. Su intención de poner al personaje de espaldas al público apuntaba a sugerir una profundidad psicológica y filosófica a esos paisajes sin tiempo.

"Su obra pictórica, como se puede ver, no es un reflejo de la naturaleza. Sus paisajes son en realidad visiones de Friedrich sobre las grandes cuestiones filosóficas de la existencia humana", afirma el director del museo.

Hay pinturas desarrolladas "con un pincel exquisito" como "Acantilados blancos en Rugen", que evoca las rocas de tiza de la isla del mar Báltico, que conocía desde niño. Pero la intención allí se interpreta como un homenaje al amor. Lo pintó en el año de su matrimonio con Caroline Bommer.

Y entre los platos fuertes se exponen las dos obras que llevaron a la fama a Gaspar Friedrich, en 1810 (el mismo año en que se instalaba nuestra primera junta de gobierno). Se trata de ese emblemático "Monje junto al mar", que muestra

una pequeña figura solitaria, casi imperceptible, enfrentada a las amenazantes fuerzas de la naturaleza. Una pintura que captura el sentido de vulnerabilidad y aislamiento que Friedrich estaba experimentando luego de la pérdida de su hermana y de su padre. La otra obra clave que detiene a varios espectadores es la misteriosa y devastada "Abadía en el bosque de robles", que muestra unas ruinas de una puerta enrejada en medio de un paisaje desolado, con los robles desnudos, sin hojas... Ambas pinturas fueron adquiridas por el rey Federico III de Prusia, gran seguidor de Friedrich. Hoy son de propiedad de la Alte Nationalgalerie, heredera de las colecciones de la Casa real prusiana.

Durante el recorrido, nos detiene un hermoso y extraño paisaje, de tamaño medio, sobre un pequeño valle con bosques que llegan a un riachuelo en un intenso verde con una forma que parece dibujar hasta lo que podría ser quizá la cabeza de un animal prehistórico (emulando la imaginación de Friedrich). La libertad del autor se traspa a la libertad aquí, sin directrices ni manejos curatoriales, del goce e interpretación del espectador.

Los árboles ocupan un gran espacio. Sobresale "Sauce bajo el sol bajo", pintado entre 1830 y 1835, en el que dibuja una soledad simétrica de los árboles entre el pasto. Está el "Árbol solitario", que pintó en 1822 por encargo de un banquero de Berlín. Él le había pedido un paisaje en la mañana y otro al caer la noche. Friedrich —quien pintaba con total libertad y con muy poco encargos— dibujó un roble para centrar el cuadro.

El influyente "Mar de hielo"

Pero es "El mar de hielo" el que interpela más fuertemente, por sus hielos tormentosos y belleza. Es también inquietante en su historia y contenido. Creado entre 1823 y 1824, representa un naufragio en el Ártico. La pintura se expuso por primera vez en Praga, en 1824, con el título "Una escena idealizada de un mar Ártico con un barco naufragado sobre las masas de hielo amontonadas", pero no se entendió el contenido ni ese motivo aparente con una masa de hielos amontonados con fuerza, pequeños icebergs y una torre de hielo en el fondo. Se piensa que pudo haberle influido en ello la trágica muerte de su hermano al caer en aguas heladas.

Pero también algunos investigadores plantean que quizá fue un comentario del artista sobre la situación política, sin horizontes, de Alemania, en su tiempo. El escritor Rusel Potter destacó esa pintura como un ejemplo fundamental del Ártico sublime. La influencia de esa pintura de Friedrich se extiende a obras como "Mar muerto", del británico Paul Nash, y a los paisajes árticos del pintor canadiense Lawren Harris. Hay más: "El mar de hielo" de Friedrich permeó también otras disciplinas. Varios ven una influencia en el diseño de la famosa Ópera de Sidney. Y lo que es tal vez unánime es que ambos —el pintor romántico alemán y ese símbolo arquitectónico del siglo XX— buscaban capturar emociones.